LA REVELACION

REVISTA ESPIRITISTA.

Año VI. | SALE UNA VEZ AL MES. | Núm. 9.

ADVERTENCIA.

Rogamos á los señores suscritores de fuera de la capital, se sirvan remitir el importe de la suscricion, si no quieren sufrir retraso en el recibo del periódico.

ALICANTE 20 DE SETIEMBRE DE 1877.

EL ALMA. (1)

(*Conclusion*).

¿Puesto que el alma es inmortal ¿cuál es el modo, cuál la forma de esta inmortalidad? No examinaremos aquí los sistemas más ó menos raros de las diversas sectas religiosas, reservándonos tratar, mas tarde, este asunto importante con todos los detalles que permita: hoy queremos solamente establecer la fé de la filosofía espiritualista, dentro del dogma de las reincarnaciones.

Todavía es necesario dirigirse á la India para encontrar la primera idea de este principio.

Leemos en el *Bagavatta*: «Todo renacimiento dichoso ó desgraciado es la consecuencia de las obras practicadas en las generaciones anteriores, de la cual es la recompensa ó el castigo.» Estas palabras son á la vez la consagracion del dogma de las reincarnaciones y de el de la preexistencia del alma; pero podemos decir, desde ahora, que por este principio, verdadero en si mismo, la antigüedad cayó en una creencia errónea, como la de la metempsícosis ó trasmigracion del alma humana en el cuerpo de un animal ó en el de una planta. La nueva doctrina nos enseña que el espíritu puede permanecer estacionario, pero que no retrocede jamás; por consiguiente ni sabria ni podria habitar el cuerpo de un animal ó de una planta. Los que pretenden que los principios de las reincarnaciones son el dogma renovado de la metempsícosis, prueban que son contradictores de mala fé, ó que no conocen en sus fundamentos las enseñanzas de la filosofía espiritualista.

Pitágoras, Sócrates, Platon y toda la escuela Pitagórica han enseñado el dogma de las reincarnaciones. Sócrates en el *Phedon*, nos dice que «es una opinion muy antigua que las almas al abandonar este mundo van á los infiernos y que de allí vuelven á este mundo retornando á la vida despues de haber pasado por la muerte.»

Los Indios tienen la misma creencia, pero le dan el nombre de resurreccion. Jesucristo, cuyo testimonio no podrá ser sospechoso á cierta clase de lectores, proclama, él mismo, esta verdad. Citemos algunos textos en apoyo de lo que vamos manifestando: «Y habia un hombre entre los fariseos llamado Nicodemo, senador de los Indios; este vino de noche á Jesús y le dijo: Maestro, sabemos que eres venido de parte de Dios, para instruirnos como un doctor, porque ninguno

(1) Vease el número anterior.

puede hacer estos milagros que tu haces, si Dios no estuviera con él.» Jesús le respondió:

«En verdad, en verdad os digo, que no puede ver el reino de Dios, sino aquel que renaciere de nuevo.» Nicodemo le responde: «¿Cómo puede nacer un hombre siendo viejo? ¿Por ventura puede volver al vientre de su madre, y nacer otra vez?» Jesús respondió: «En verdad, en verdad te digo, que no puede entrar en el reino de Dios sino aquel que fuere renacido de agua y de Espíritu Santo.—Lo que es nacido de carne, carne es; y lo que es nacido de espíritu, espíritu es.—No te maravilles porque te dije: os es necesario nacer otra vez.—El espíritu donde quiere, sopla, y oyes su voz; más no sabes de donde viene ni á donde va; así es todo aquel que es nacido de espíritu...»

Hay algo más claro que esto? Comentar estas palabras seria oscurecer su sentido: pero citemos más todavía.

Los discípulos interrogan á su maestro y le dicen: «porque pues, dicen los escribas que Elías debe venir primero?» Y él les respondió: «Es verdad que Elías debe venir y restablecer todas las cosas; pero yo os digo que Elías vino ya, y no lo conocieron, antes hicieron con él cuanto quisieron.

Asi tambien ellos harán padecer al Hijo del hombre. Entonces entendieron los discípulos que de Juan el Bautista les habia hablado.

Estos dos pasajes, como otros varios, establecen sobradamente la creencia en la reincarnacion, en tiempo de Jesucristo.

Los Druidas tuvieron una idea exacta del porvenir del alma despues de la muerte: en el fondo de sus sombrios bosques, estos hombres, que consideramos ordinariamente como bárbaros, enseñaban la pluralidad de existencias.

Oigamos antes lo que el poeta Lucano refiere en sus opiniones filosóficas, apropósito de este objeto. «Segun vosotros, Druidas, las tinieblas no penetran en las moradas silenciosas de Erébo, ni en los palacios reales del Dios del abismo. El mismo espíritu anima un nuevo cuerpo en otra esfera. La muerte, si vuestros cantos sostienen la verdad, es el medio de una larga vida.»

En nuestros dias, una pléyade de filósofos eminentes, á la cabeza de los cuales conviene colocar á Allan-Kardec, han consagrado su talento de escritores distinguidos, para sostener y divulgar esta consoladora verdad de la pluralidad de existencias del alma. En cuanto á nosotros, afirmamos resueltamente que la doctrina de la reincarnacion dará por resultado la estirpacion del egoismo, esa plaga de nuestra época, que será reemplazada por la fraternidad universal. Efectivamente, del principio de la reincarnacion se desprende que todos somos miembros de una misma familia; los demás hombres son nuestros parientes en todos los grados: en el más humilde artesano como en el más grande potentado de la tierra, podemos ver á un padre, á un hermano, á un hijo, á un amigo. Desde luego, las propias aspiraciones de nuestro corazon nos conducen á recibir con igual simpatia al sér más desgraciado como al más afortunado, porque nosotros mismos, sucesivamente, podemos nacer pobres ó ricos.

Es muy consolador para el proletario, para el viejo que implora la caridad pública, para la viuda, para el huérfano, para el pária, víctima del orgullo, del desprecio y la barbarie de los grandes, suponer que sus sufrimientos son otras tantas pruebas que pasan y que los males que sufren con resignacion y con la conviccion que Dios no les castiga injustamente, son otros tantos peldaños que les elevan hácia la mansion feliz de las almas puras. Del mismo modo podemos estar seguros que se nos lleva una cuenta exacta de nuestras buenas y de nuestras malas acciones, del bien que hemos practicado y del mal que hemos cometido. Si el bien supera al mal en la balanza de la justicia divina, pasamos á un mundo mejor, para practicar en él una nueva existencia mas dichosa que la precedente, pero si el mal sobrepasa al bien, volvemos otra vez á la tierra para principiar una existencia frecuentemente peor que la primera. Trabajemos, pues, con ardor, con perseverancia en nuestro perfec-

cionamiento intelectual y moral, porque, dice Cárlos Bounet: «Los progresos que hayamos realizado, aquí abajo, en el conocimiento y en la virtud, determinarán el punto de donde hemos de comenzar á partir en la otra vida, y el lugar que allí hemos de ocupar.»

Es en un todo conforme á la justicia y á la magestad de Dios admitir que caminamos hácia la perfeccion, y que tarde ó temprano debemos volver ya perfectos á sus manos. Pero el hombre, en una sola existencia azarosa y desgraciada, tiene facultades para atender á este objeto? Multitud de males físicos y de influencias deletéreas atrofian su cerebro; la locura le asalta alguna vez, y en un instante el hombre parece retrogradar y aproximarse al bruto. ¿Y en semejante caso puede Dios pedirle cuenta de sus actos y castigarle por sus faltas? ¿Y se dirá que en una existencia puede el hombre llegar al apogeo de la virtud? Con frecuencia, y todavía en su niñéz, los más perniciosos ejemplos le colocan al borde del abismo, con frecuencia tambien le falta educacion para comprender el valor é importancia de sus deberes. La educacion que ha recibido, desarrolla frecuentemente sus malos instintos, y paraliza sus cualidades naturales; y cargado así de tantas imperfecciones ¿puede ser condenado por el Soberano Juez? Mucho más lógico es reconocer que el alma no podrá elevarse, de un solo vuelo y sin interrupcion, desde el egoismo y el orgullo inherentes aquí al globo terrestre, hasta los mundos superiores: la resplandeciente luz que reina en aquellos lugares, le ofuscaria y no podria saborear aquellas suaves delicias.

Sin embargo, Dios ha creado al hombre para que sea eternamente dichoso, y para facilitarle el cumplimiento de su destino le ha permitido todas las existencias que le sean necesarias. Y así es como el dogma de la reincarnacion es una sublime esperanza, un consuelo divino para el que tiene conciencia de sus imperfecciones. Si ha faltado no ha caido para no levantarse; la puerta del arrepentimiento le está siempre abierta, y de incarnacion en incarnacion, de prueba en prueba salvará todas las gradas que conducen á la morada de la paz y de la gloria.

Estas diferentes incarnaciones no se operan indefinidamente sobre la tierra: en verdad un alma humana puede volver aquí muchas veces, pero pasa á un mundo mejor en cuanto ha conseguido algun adelanto. Además de esto hay otros mundos de espiacion que la tierra. Marte, por ejemplo, es todavía inferior á nuestro globo, y nada impide que los cambios progresivos de las almas tengan lugar entre estos dos mundos. Un espíritu que pase á los ojos de los habitantes del planeta Marte por lo que llamamos un génio, puede incarnarse en la tierra y gozar en ella de una mediana consideracion como sér espiritual: del mismo modo, un espíritu que en la tierra sea mediano bajo todos los puntos de vista, cuando se incarna en el planeta Marte aparecerá distinguido por sus virtudes, y podrá contribuir al progreso de sus hermanos. Así es que un espíritu brilla tanto más cuanto menos adelantado es el mundo en que se encuentra. Pero los mundos como los espíritus han de realizar necesariamente sus progresos, y la prueba de esta verdad la tenemos aquí abajo. En las primeras edades de nuestro planeta, las condiciones de habitabilidad eran deplorables; horrorosos cataclismos trastornaban á cada instante la superficie de la tierra, y los séres vivientes gozaban entonces la más precaria existencia, y estos hombres primitivos eran muy limitados en ciencia y en moralidad: nuestros salvajes de hoy apenas nos dan una débil idea de estas primeras criaturas.

Los séres y los mundos progresan, pues, simultáneamente; los más grandes descubrimientos de estos últimos tiempos atestiguan el grado de adelanto á que han llegado los espíritus por efecto de las reincarnaciones. ¿Si estas no existiesen, dónde estaría la justicia divina? ¿Por qué los habitantes de la tierra han de ser más avanzados hoy que los de otras veces? ¿Qué han hecho para merecer tal favor? Retamos á quien sea, á que ponga en armonía el progreso con la justicia divina, fuera de la reincarnacion.

Las facultades anormales de ciertos niños,

las virtudes y los vicios innatos, las simpatías y las antipatías, son otras tantas pruebas perfectamente concluyentes en favor de la reincarnacion. En efecto, ¿quién de nosotros no ha esperimentado alguna vez una dulce emocion al hablar con ciertas personas á quienes ha visto por la vez primera? ¿Y quién, por el contrario, no se ha sentido mal dispuesto en favor de aquellos individuos, cuya vista nos hace experimentar una sensacion desagradable y penosa? Estas personas nos irritan sin habernos ofendido. No es esto, seguramente la consecuencia de puros efectos físicos: aquellos por quienes sentimos una inclinacion casi irresistible, han sido en otra existencia nuestros parientes, nuestros amigos, nuestros bienhechores; nuestro espíritu, no obstante los lazos que le impiden su libre vuelo, les envia su luz, y por este medio reanudamos los lazos interrumpidos un instante por la muerte. Asi es que por el hecho de la reincarnacion no existe la separacion eterna, y los amigos se reunen y se llaman para gozar unidos la felicidad celeste.

Completaremos cuanto queremos decir sobre este interesante objeto, hablando de la suerte de los niños muertos en temprana edad, para lo cual citaremos textualmente las palabras de L. Figuier:

«La religion cristiana, dice, declara que los niños muertos en temprana edad, van al paraiso, si recibieron el sacramento del bautismo. Pero esto es juzgar de las cosas arbitrariamente, porque nadie podrá decir la conducta que estos niños hubieran observado si su existencia hubiese seguido su curso regular. Dios, al acordar la bienaventuranza eterna á una alma por su sola estancia, en la tierra, de algunas horas, y durante las cuales el niño no ha podido hacer bien ni mal, seria injusto. Y seria tambien injusto para los demás hombres á quienes impusiera toda una vida de penosas pruebas, mientras decretaba un privilegio de eternas felicidades, á un sér que apenas habria pasado, inconscientemente, algunas horas aquí bajo. Para gozar la dicha eterna, es necesario haberla merecido. No se puede, pues, esplicar esta afirmacion de la Iglesia sin suponer á Dios injusto y parcial. Crear una alma para una existencia de diez minutos y concederle en seguida la eternidad en recompensa, hé aquí lo que Dios no podria hacer sin faltar á su justicia.» Pero prosigamos. Hé ahí lo que pasa á los niños bautizados. ¿Qué les sucede, segun la Iglesia á los niños que mueren sin el bautismo? Algunos teólogos veraces que escribieron antes de San Agustin no vacilaron en condenarles á las llamas eternas; pero su opinion no prevaleció y la doctrina de S. Agustin quedó hecha ley.

La Iglesia envia á los niños muertos en temprana edad y sin bautismo á un purgatorio especial llamado *Limbo*. Morada intermedia entre el Paraiso y el Infierno. Allí no se les somete á los tormentos eternos, pero no gozan de la contemplacion de Dios. Es un justo medio entre los dos estremos de penas y de recompensas eternas.

Esto está bien, pero los niños que mueren provistos del sacramento del bautismo, son en muy poco número si se consideran con relacion á la humanidad entera. La religion cristiana apenas la profesa la tercera parte de la poblacion de la tierra, y por otra parte, muchos niños mueren antes que se les haya podido echar el agua del bautismo. Las cinco sextas partes de niños irian, pues, á perderse en la inmovilidad de los limbos, esa fria tumba, ese soñoliento descanso de las almas que por su esencia son todo actividad y todo movimiento. Dios criaria pues las almas sensibles para arrojar despues las cinco sextas partes en una especie de anonadamiento.

Esto no es todo. La institucion del bautismo es moderna; cuenta apenas diez y ocho siglos. Antes del cristianismo estaban privados de esta ceremonia sacramental y desde luego todos sin escepcion irian derecho á los limbos.

La humanidad cuenta una larga existencia, es mucho más vieja de lo que han creido los teólogos y hasta los mismos sábios, en estos últimos tiempos. En vez de los cinco ó seis mil años clásicos, puede que su existencia exceda de cien mil.

Así, pues, durante ese largo periódo de cien mil años los niños habrán sido condenados al limbo, y solo despues de diez y ocho siglos, un pequeño número de entre ellos, gracias al bautismo, habrá podido entrar en el paraiso.

Durante noventa y ocho mil años, la totalidad de las almas de los niños fueron á poblar esas tristes necrópolis. Y observemos que estas víctimas nada habian hecho para merecer ese destino, pues no eran evidentemente culpables de que el bautismo no hubiese estado instituido. De suerte que estos pobres séres fueron castigados por una culpa de que no tuvieron conciencia.

Se vé á lo que queda esto reducido ante este razonamiento y la esplicacion que dá la teología católica de la suerte de los niños fallecidos prematuramente. Véase como hoy la misma cuestion se simplifica con la doctrina de pluralidad de existencias. En ella se admite que los niños que mueren en edad temprana tienen que sufrir una prueba de corta duracion, y que esta breve existencia es frecuentemente la continuacion de otra interrumpida por muerte accidental.

Algunas veces tambien, la muerte prematura de los niños es una prueba para los padres; por esto vuelven á encarnar luego, para principiar de nuevo la existencia que precedentemente habia quedado incompleta. Que el niño haya sido víctima de un accidente, de un asesinato ó de una enfermedad, el espíritu nada pierde absolutamente; no le harán falta las incarnaciones necesarias para reparar las faltas cometidas, y un dia ha de llegarle en que pueda colocarse al nivel de las almas mas epuradas. Así, pues, dice L. Figuier, se desvanecen las dificultades, así se resuelven los problemas, así caen por sí mismas las incertidumbres, así se aclaran los misterios que ninguna doctrina, ninguna filosofía ha sabido desvanecer, y que nos han conducido hasta hacernos dudar de la justicia de Dios. La doctrina de las reincarnaciones y de las existencias anteriores, lo esplica todo, responde á todo.—*Maricot.*

(*Le Galiléen.* Liége, Bélgica).

(Traducido por la redaccion).

ECOS.

Sr. Director de La Revelacion.

Hermano en creencias: Dicen que las palabras se enredan como las cerezas, y como en nuestra carta anterior fué mas largo el prefacio que el resto de la epístola, no queremos esta vez incurrir en la misma falta, y para no caer en la tentacion, principiaremos á relatar lo que hemos visto.

Ántes de comenzar la sesion el médium parlante se encontraba inquieto, febril, su mirada vagaba en distintas direcciones, y se conocia que sufria realmente.

Al principiar á leer el director la oracion preliminar, el médium quedó concentrado y murmuró palabras incoherentes con ademan irritado, más el presidente le impuso silencio rogándole que no fuera tan impaciente porque no era amigo de perturbaciones.

Terminó la oracion y se entabló el siguiente diálogo entre el espíritu y el director:

—No sé á qué he venido entre vosotros.

—A estar entre hermanos tuyos.

—Hermanos mios!... No son mis hermanos los plebeyos. No son mis iguales los miserables gusanos como sois vosotros. Nunca mi raza se podrá confundir con la vuestra.

—Todos los hombres somos hijos de la creacion.

—¡Creacion! ¡creacion! ¿pero no comprendeis, pobres necios, que los siervos no sois nada en el mundo?

—Tienes razon que somos necios todavía, que estamos sumidos en la ignorancia, pero vuestra es la culpa; porque habeis guardado los libros sagrados bajo triples llaves, y no nos habeis dejado conocer los misterios de la ley de Dios, pero como la verdad se abre camino á pesar de todos los obstáculos, ha llegado por fin hasta nosotros y ya sabemos por qué somos, por qué fuimos y por qué seremos.

—Y quién sois vosotros para definir filosofías y para discutir conmigo? Sabeis quién soy yo? Sabeis que mis legiones han asolado los campos de Roma? Sabeis que á mi voz morian centenares de hombres porque así lo

queria mi omnímoda voluntad? ¿y que ante el privilegio de la nobleza, ante el derecho más fuerte los débiles no pueden discutir?

—¿Y no sabes tu que en la creacion no hay privilegios, que los emperadores de ayer son los mendigos de hoy?

—Absurdo inadmisible! yo el primer noble de la tierra, nunca, nunca podré tener sangre plebeya, los grandes nunca pueden ser pequeños.

—Tienes razon; si progresan nunca lo serán.

—¡Progreso! ¡progreso! qué entendeis vosotros de progreso?

—Lo mismo que los demás, porque como el progreso consiste en cumplir con la ley de Dios, y esta es tan sencilla, el más ignorante la puede comprender.

—Pero esto á mí me maravilla, hablais de leyes, hablais de Dios, de derechos y de deberes, cuando todos los derechos y los deberes los tenemos los nobles, la nobleza es el todo.

—La nobleza tiene la obligacion de instruir al pueblo, que para eso Dios le ha dado tantas atribuciones y prerogativas, pero cuando esta solo se ocupa en oprimir y en matar, llega un dia en que desciende hasta la plebe, y la que debiera darnos lecciones tiene que recibirlas de nosotros.

—Nunca creeré semejante error, y si pensais que á mí me vencereis como habeis vencido á muchos otros, os equivocais: á mí nadie me vencerá, no hay quien me pueda.

—Es que nosotros no queremos vencer á nadie; únicamente tratamos de vencernos á nosotros mismos.

—Si!.., pues es estraño que no deseeis poderes, pues, segun veo, vosotros componeis una religion, y todas las religiones son hipócritas, á mí no me engañais: há tiempo que lo decia á mis parciales, las religiones se quieren apoderar del mundo; y yo os aseguro que he trabajado cuanto he podido para esterminarlas.

—Una cosa son las religiones, y otra la religion, nosotros somos amantes del progreso; no deseamos ni los bienes de los unos, ni el poder de los otros: no queremos más, sino que los ricos sean los padres de los pobres, y los sábios los guias de los ignorantes, que obrando de ese modo no se encontrarian muchos espíritus como te encuentras tú.

—No me hables así que me haces daño.

—Sin embargo, tengo que hablarte, por que cuando Dios ha permitido que te comuniques con nosotros, es para que comprendas el estado en que te hallas, y busques la luz, por que para tí ha sido hecha lo mismo que para los demás.

—Pero qué luz me vas tú á enseñar? ¿Qué poder tienes tú? Ninguno. Si cuando me miro entre vosotros no me doy cuenta como yo, ¡yo! estoy conversando con los pobres.

—Pues ahí verás tu lo que son las cosas; tu tan rico, tan opulento, tan poderoso, no has encontrado en el mundo de los espíritus una mano amiga que estreche la tuya.

—¿Y quién son los espíritus?

—Qué vés en torno de tí?

—¿Qué veo? ¡Campos inmensos empapados de sangre, y mis guerreros y mis contrarios me miran y se sonrien; pero su sonrisa me hace daño. ¿Por qué están ahí? No me gusta mirarlos, parece que me señalan con el dedo, que me indican que mire algo.

—Sí; te dicen que mires tu tumba, y la de ellos, por que la tumba de los mártires los hombres las coronan de flores; y en el sepulcro de los tiranos todas las generaciones dejan el eco de una maldicion que aun resuena en la tuya, y te llaman para que la escuches.

—¿Cómo que me llaman? pues no murieron?

—Tú les distes la libertad porque separastes sus espíritus de la materia, pero viven como vive todo en la creacion.

—¿No se muere?

—Por tí mismo lo ves; tu hace tiempo que habrás dejado la tierra, y sin embargo, ya ves cómo has venido á buscarnos.

—Yo no busco á nadie.

—¿Dónde crees tú que te encuentras?

—En los campos de Roma, en los campos donde no dejaré crecér la yerba.

—Pues mira, te encuentras muy léjos de Roma, porque estás en Cataluña, cerca de Barcelona.

—¿Estoy entre catalanes?... Ya me sois más simpáticos: porque los catalanes sois valientes. ¡Oh! mis bravos catalanes... un dia pelearon á mi favor..... y..... esplícame, ¿cómo estoy entre vosotros y veo las campiñas romanas, veo á todas mis victimas nadando en un mar de agua rojiza?

—Por que esa es la eterna vision que te perseguirá, por que Dios te concedió inteligencia, riqueza y poder, para que enseñaras al ignorante, para que vistieras al desnudo y protegieras al desvalido. Y qué has hecho tú de tan ricos dones? Esclavizar y embrutecer á tus siervos, negar el pan que le sobraba á tus perros, á los huérfanos y á los ancianos, y asolar con tus legiones las llanuras donde germinaba el alimento universal.

¿Qué has sembrado en tu vida? Sangre y exterminio, justo es que siempre vean tus ojos cadáveres insepultos que te pidan cuenta.

—¿Siempre veré lo mismo? Calla, calla, eso no puede ser, y puesto que no se muere, yo volveré á luchar y venceré. ¿Pero qué digo? Si no se muere no los podré destruir, y siempre estarán delante de mí como están ahora.

—La ley de Dios es justa, tu ayer fuistes un enviado de la providencia, porque los ricos son los representantes de Dios, y como no supistes cumplir con tu mision, de tu soberbio castillo descenderás á vivir en las calles implorando una limosna por Dios, y el más rico de ayer, será irremisiblemente el pordiosero de hoy.

—Mientes, insensato, eso no puede ser, y además, yo no tengo la culpa, porque cuando yo era pequeño mis padres me decian: «Tú eres noble, tu eres el preferido de Dios, cuantas tierras contemplas todas son tuyas, cuantos hombres las riegan con su sudor son tus esclavos, de cuya vida eres el único dueño. ¿Por qué no me decian ellos lo que tu me dices hoy?»

—Y no sabes tú que todos los hombres tienen su propia razon y su criterio particular para discurrir, y que la inteligencia es el águila de todos los tiempos que nada ni nadie detiene su vuelo?

No culpes á otros, cúlpate á tí mismo y aprende, porque el espíritu siempre está en disposicion de aprender; piensa en tu pasado y examina tu presente.

—No, no, no quiero mirar mi presente, porque tus palabras me asesinan, y preferiria morir en cien batallas al tormento de estarte escuchando. Tú que no eres nada para mí, ¿por qué me has de atormentar?

—No soy yo quien te atormenta, eres tu mismo, antes al contrario, yo quiero consolarte, yo quiero colocarte á tal altura, que cuando vuelvas á comunicarte con nosotros nos dés las instrucciones que debias habernos dado hace mucho tiempo, puesto que tu vinístes á la tierra con una gran mision.

—¿Y qué debo hacer?

—¿Tú crees en Dios?

—¡Oh! sí que creo en él, en las religiones..... en esas..... no.

—Bien, pues si crees en él, ruégale fervorosamente que te conceda ver á tu guia.

—Qué guia es ese?

—El espíritu protector que todos tenemos, el ser invisible que llora en nuestra cuna, y sonrie en nuestra tumba.

—Pues estará muy léjos de mí porque nada veo, ni nunca lo he visto.

—Si lo habrás visto y lo verás: ruega, que todos oraremos contigo.

Pasaron algunos momentos y le preguntaron al médium

—¿No ves nada?

—Veo una lucecita muy débil, apenas se percibe.

—Ya se irá agrandando.

El médium siguió mirando y su semblante fué cambiando de espresion. Su gesto imperativo se fué dulcificando, el asombro contrajo sus facciones, y por último, una inmensa alegria le hizo sonreir y juntar las manos con adoracion, esclamando con acento entrecortado:

—Sí, la luz se agranda, se condensa, toma forma y viene hasta mí. ¡Es ella! ¡Es ella! La hermana de la caridad que yo queria tanto! la que me curó, ¿esa es mi guia?

—Si, esa es tu guia, ¿no te llama? ¿no te dice nada?

—Si, si, me estiende su mano y se sonrie.

—Viene por tí, ¡bendice á Dios!

—¡Oh! sí, sí, yo me voy con ella.

El médium abrió los ojos instantáneamente, encontrándose bastante bien.

Continuó la sesion, y al terminarse se concentró nuevamente el médium, espresando su semblante la dulzura, diciendo con acento grave

—Yo soy la hermana de la caridad, el guia de aquel espíritu rebelde.

—Bien venido seas, le dijo el presidente.

—Vengo con el objeto de hacer una pequeña aclaracion, el espíritu que antes ha estado aquí, en uno de sus combates cayó mortalmente herido, y una hermana de la caridad le salvó la vida á fuerza de cuidados, y no se separó de él hasta que lo dejó en la convalecencia. El que nunca habia amado amó á aquella mujer con el amor del alma, y nunca, nunca la olvidó, y en varias encarnaciones le ha perseguido siempre el recuerdo de aquella pasion bendita, por eso hoy, al querer ver á su guia, no he titubeado en presentarme con los hábitos de la hermana de la caridad, por que sabia que era la úuica figura simpática y amada para él. Ha sido ella el único amor de ese espíritu, y ahora os digo que yo soy su guia, el que no le ha dejado desde el momento de su creacion, y tenéd en cuenta que los guias no pueden encarnar, por que tienen que velar por sus protegidos.

—Así lo creia, dijo el presidente: pero como aquel espíritu estaba tan turbado, y ví que gozaba tanto viendo á la hermana de la caridad, no titubeé en alimentar su ilusion haciéndole creer que era su guia, porque mi objeto era dejarle en brazos de los buenos espíritus que las esplicaciones ya se las darian despues.

—Pensastes con mucha cordura por la cual te felicito, adios.

A la sesion siguiente se volvió á presentar el espíritu del noble. El rostro del médium revelaba el cansancio y la fatiga murmurando con desaliento:

—¡Cuánto he andado, Dios mio! qué camino tan largo he recorrido, ni el Judio Errante se puede comparar conmigo, y se entabló con el presidente un diálogo parecido al anterior que ya hemos referido, aunque se conocia que el espíritu estaba abatido ante la verdad, porque entre otras cosas decia:

—Ya no veo los campos de batalla teñidos de sangre, pero veo mi alma y me anonada la enormidad de mi delito.

Despues quiso confesar algunas de sus faltas, pero su interlocutor le dijo:

—No nos digas nada de tu vida pasada, confiésate con Dios que es con el único que se debe confesar el hombre, nosotros no debemos escuchar la relacion de tus desaciertos, únicamente debemos consolarte y ayudarte con nuestra oracion para que los espíritus elevados te envuelvan en sus vapores de luz.

Al oir estas palabras, el semblante del médium retrató la más viva satisfaccion, y por último, sonrió dulcemente por que vió ante sí á la hermana de la caridad, á la que dijo con voz suplicante:

—No me dejes, no me dejes nunca, Margarita! si hay un Dios, que no lo dudo, á tí acudo. Y el médium se despertó,

Vino otro espíritu y el tema de su discurso fué las palabras de Cristo: *Huid de la imperfeccion y sed perfectos*, este es el espiritismo.

Sentimos vivamente no poderla estractar, solo diremos que se terminó la sesion con algunas palabras pronunciadas por un espíritu para nosotros muy querido, por un apostol de la verdad, por el perseguidor de los falsos médiums, alma noble, pura y valiente, que sigue en ultra-tumba su elevada mision.

Espíritu creyente y entusiasta, nada somos ante tí, pero á pesar de nuestra pequeñez hay en nosotros un rayo de luz el que nos permite admirarte, y bendecirte, y suplicarte que no nos dejes, que nos inspires, que nos ilumines, que nos dés aliento para decir contigo: ¡Todo por la verdad!

Amalia Domingo y Soler.

EL EGOISMO.

I.

El hombre nace... es Adan: mira en su derredor y ve la planta que alza sus frutos hasta su boca y le nutre, el débil cervatillo que se ofrece en holocausto para saciar su apetito, la fuente murmuradora que viene á depositar á sus plantas un hilo cristalino para apagar su sed.

Ve alzarse en el Oriente el destello magnífico del astro del dia para alumbrar sus pasos; pero el sol calienta demasiado, Adan lo siente y no léjos de sí, mira erguida la esbelta palmera ó la frondosa encina que le ofrecen un abrigo protector.

El hombre nace... es Adan; mira en su derredor y ve al rey de las selvas, dando terribles rugidos, amenazar un pacífico rebaño; quiere evitarlo, habla, y á su acento omnipotente calla el leon, inclina la cabeza y viene sumiso á postrarse á sus piés; y un dia Adan miró descender del cielo blancos copos de nieve que se amontonaron en su derredor; aquel era un magnífico espectáculo, pero el frio helaba los miembros de Adan, y pronto vió á la oveja tranquila, al laborioso gusano de seda y á la gamusa correr ansiosas á su encuentro tributándole sus lanas, sus sedas y sus pieles para resguardarle de la temperatura.

Todo esto es grandioso, sublime: Adan debe estar orgulloso de ser quien es; todo el mundo está hecho para él, todo le venera, le sirve, le suplica; ¿por qué no se ha de creer tanto como Dios? cómo ha de rechazar los halagos de la serpiente? Sí, él es un Dios, debe erigirse un altar en su pecho y alzarse plegarias fervorosas; no debe pensar más que en él porque todo en él piensa y él es algo del todo que le adora; Adan debió ser egoista y lo fué. ¡Dios le perdone como nosotros le perdonamos!

Hoy el hombre no es Adan; si domina á la naturaleza con un solo gesto es á fuerza de trabajo, de penas y de sacrificios, y aun así y todo, cuando la naturaleza puede quebrantar las cadenas que el hombre la ha puesto, las rompe, y se emancipa, y se venga en su señor, hasta que éste puede volver á dominarla; pero ¡ay! que aun sin ser Adan el hombre de ahora de nada le ha servido el ejemplo de su predecesor, y sigue siendo egoista, y sigue alzando estátuas á su imágen, y persiste en adorar su sér. ¡Plegue al cielo que reconozca su error y sea al fin dueño de sus pasiones él que se cree señor de todo! Confiemos en ello, esperemos que la marcha de la civilizacion, que nos lleva á pasos agigantados por el camino del progreso, consiga llevar á feliz término al hombre para que alcance en el árbol de la dicha el ideal de la humanidad y cubriéndose con él arroje para siempre ese mísero vestido de pasiones bastardas!

II.

¿Qué es el egoismo? Es la negacion de la belleza, de la verdad, del bien que no sean propios; es una lucha inconcebible en la que alcanza el triunfo una individualidad sobre todas lâs individualidades; es toda la humanidad, el mundo todo, el cielo todo y todo el universo absorbido por el hombre, concentrado en él; es un culto monstruoso que nos hace adorarnos como á dioses; una tiranía que pesa sobre todo; es una personalidad que quiere ser todas las personalidades, un espíritu que absorbe todos los espíritus; el hombre convertido en Dios, y Dios hecho hombre ó menos que hombre.

El egoista es un ser temible para la sociedad; profesando la máxima «*primó mihi, secundó mihi, semper mihi,*» trastornará por cuantos medios le sugiera el órden social para ocupar el primer puesto y entronizar, no una idea, no un principio, ni menos un sistema, sino únicamente su persona, su voluntad, su capricho. La Rochefoucauld dice hablando de estos séres: «Su pasion los hace idólatras de sí mismos y los convertirá en tiranos de los demás si la fortuna les proporciona medios para ello;» y Chamfort exclama con no menos energía: «por poder freir un huevo quemará un egoista vuestra casa.

El egoismo es el asiento de todas las malas

pasiones, y aun estas mismas no son sino formas distintas con que se reviste el egoismo; todos los vicios pueden referirse á él. La envidia no es sino un camino torcido que sigue el egoismo, pues el envidioso, al vituperar á los demás, ó al ambicionar los bienes de otro, no hace sino buscar su propio bien á costa del prógimo. ¿Qué es el orgullo sino un egoismo disfrazado? El egoismo tambien, bajo el nombre de ambicion ó de afan de gloria, es el que ha derrocado tantos imperios; el que ha fundado sobre las ruinas de los pueblos el laurel del vencedor; se ha vestido con otro nombre más pomposo, ménos repugnante; y al vestir la púrpura del Emperador, al arrastrar tras su carro de triunfo al Rey vencido se halla tan desconocido que ha engañado al pueblo que le saluda y victorea; pero fíjese una mirada atenta en él, explórese con cuidado y pronto se verá reaparecer bajo el manto triunfal que le cubre su bastarda intencion, y entre las hojas del laurel que coronan su frente se verá gotear la sangre del vencido que le denuncia.

El egoismo, dice Tiberghien, es el defecto de los que consideran su propio bienestar como el objeto más digno de su atencion, de su inclinacion y voluntad, y relacionan al suyo todo otro bien. El egoista solo se estima á sí mismo: se hace el centro de la creacion y sacrifica despiadadamente á su satisfaccion personal el bien de todos los séres que están sobre, al lado ó debajo de él. Desconoce de este modo sus verdaderas relaciones con Dios, con el mundo, con sus semejantes y con el conjunto de todos los séres.

«El egoismo, continúa el docto Rector de la Universidad libre de Bruselas, es la fuente de todas las afecciones interesadas y malévolas que, bajo el nombre de pasiones, tienden á invadir el corazon y avasallar la voluntad.»

El egoista no estará conforme si no ha invadido todos los órdenes del universo; hará sentir su insoportable yugo en todas las esferas sociales: aquí, político, le vereis hacerse fuerte en el principio de autoridad y pretender á su amparo erigir en ley el despotismo; en otra parte le vereis, conquistador, someter á su poder los pueblos libres y hacer derramar por una pretendida gloria la sangre de sus leales vasallos; aquí le vereis esconderse tras la rueda del progreso, y haciendo alarde de paladin de la civilizacion precipitar las revoluciones, haciéndolas sangrientas por no guardar con paciencia su venida pacífica; una vez terminada la revolucion y ocupado por él el primer puesto le vereis arrojar la máscara y hacerse tirano, porque está en la masa de su sangre la tiranía; en otra ocasion podreis verle dentro de la filosofía tratando de fundar un sistema nuevo y esclusivo, porque solo él cabe en su pensamiento; si su sistema no es aceptado, él empleará todos los medios posibles para persuadirse de que solo la envidia y la calumnia han batido su teoría; en su condicion privada le encontrareis voluntarioso, exigente, inaguantable; nada dirá sin poner delante su personalidad, y no estará tranquilo si no se ocupan de él siempre y siempre para alabarle.

No comprende, no quiere comprender, no es posible que comprenda, él que se finge en su fantasía ser el centro de donde irradia toda la naturaleza, toda la verdad y todo el bien, la inmensa trascendencia del pensamiento del cómico latino: «*Nemo sibi nascitur.*» Platon al hablar así encerró en esas tres palabras el mayor anatema del egoismo; nadie nace para sí. ¿Y es posible que haya una inteligencia tan apocada que no comprenda esta verdad? ¿Y es posible que un hombre, porque es hombre el egoista, llegue á imaginarse por un momento que es el centro de la creacion; que él de nadie necesita y todos necesitan de él, de él que niño ha necesitado los cuidados más exquisitos para vivir, jóven los más asíduos trabajos para saber, y viejo las penas más tristes y las mayores congojas para adquirir un pedazo de experiencia y arrastrarse hasta el sepulcro? No, no es posible; él lo sabe, él no ignora todo esto, y solo por una monstruosa aberracion puede fingir que no lo conoce; solo una mala direccion de su actividad puede conducirle por tortuoso camino; solo un singular desequilíbrio de sus facultades puede arras-

trarle á la prosecucion de un falso ideal. Anatematicemos al egoismo, pero compadezcamos al egoista!

FERNANDO ARAUJO.

(Continuará.)

LA RUTINA.

Hé aqui la fatal palabra; hé aqui la dueña de los que combaten todo progreso y marchan sobre las pisadas de sus antecesores; la rutina es el vicio de la costumbre, digámoslo así; encadena á sus siervos, les estrecha, les muestra siempre el mismo camino y les impide salir de él, les cierra todos los horizontes y obra en ellos con la misma fuerza con que el iman obra en el acero.

La rutina es la que se opone á todos los grandes hechos; ceñida al ayer, no cemprende el hoy más que como copia exacta de aquel; se cierra en un circulo de ideas, y fuera de ese circulo no hay más, segun ella, que el vacio. Esta misma circunstancia, este mismo gran defecto le da cierta fuerza que la hace duradera y casi inatacable. Los mismos que en su circulo giran están unidos en estrechisima cohesion, y no puede separarles fácilmente. Por esto se comprende que las instituciones más rutinarias son las que mas duran; por esto los poderes rutinarios son los mas fuertes y los mas temibles. Las religiones que se ciernen en un circulo de ideas y de alli no salen ni un ápice; las sociedades que se sujetan á concretas fórmulas y las sostienen á todo trance, sin transigir en lo mas minimo, tienen largos años de vida asegurado, y si la fuerza de numerosa colectividad las apoya, casi se perpetúan humanamente hablando. Para derribar aquellas religiones y aquellas sociedades se necesita un grandisimo poder y constancia á toda prueba. La ruina es el diamante en que se rompen y se gastan casi todos los instrumentos de punta; es el mónstruo acorazado en que chocan inútilmente casí todas las espadas. Es preciso estar siempre á la mira, no cejar nunca y aprovechar el momento en que se descubra una coyuntura para herirle; es preciso además socavar sorda y paulatinamente el terreno en que se sostiene, para que caiga y se desgaje.

Lo mas lastimoso, al considerar que la rutina domina aún á gran parte de la humanidad, es que la rutina tiene algo de automático; es lo anti-racional por excelencia. Preguntad á esos grupos de rutinarios, por qué hacen tal ó cual cosa y no quieren probar tal ó cual otra que les proporcionaria mas ventajas, y os contestarán que obran como obran, porque sus padres y sus abuelos obraban del mismo modo. No os darán otra razon. En vano vosotros intentareis persuadirles sirviéndoos de la lógica, de la filosofía, de pruebas patentes; para el rutinario no hay elocuencia posible; sigue en su camino con imperturbabilidad olímpica, y aúnque vea la luz á su lado, no abandona la sombra; así se esplica que la agricultura esté en muchas partes atrasada pudiendo haber adelantado ausiliada por la física y la quinica en sus últimas evoluciones; así se esplica que la policia urbana deje tanto que desear, y que la higiene pública no sea más que un nombre, y que la instruccion no alumbre más que las altas inteligencias sin haber penetrado en la masa popular; individuos y colectividades se encastillan en la rutina, y aúnque el progreso les muestre vastos caminos, dicen *No hay más allá*, como decian antiguamente á Colon los sabios doctores de Salamanca, sin tomarse la pena de estudiar y de examinar, y sin querer comprender que no porque no creemos en algo, ese algo puede existir.

Vosotros, cuantos os afanais por el adelanto de los conocimientos humanos y por la dicha comun, combatid la rutina en donde quiera que se encuentre y bajo cualquier forma con que aparezca; combatid vuestros vicios que no son más que miserables rutinas; combatidla en la colectividad con todos vuestros esfnerzos; el trabajo será lento, os parecerá inacabable, pero acordaos de la insignificante gota de agua que cayendo costantemente sobre un mismo punto, horada los mas duros pedernales.

J. Martí Folguera.

LA PERSECUCION,

Los que jamás conceden la libertad de conciencia, porque no han entrado aún en el santuario de su alma y no se conocen bien, no pueden comprender cómo hay quien se atreva á sostener opiniones nuevas y distintas de las que créen y aceptan ellos, ciegos de espíritu, que comulgan cuanto á su anto-

jo dispone el dogmatismo de la religion romana.

Por desgracia nuestra, en España existen estos intransigentes á millares, y sin querer ojear la historia y sacar las tristes consecuencias que ha sufrido nuestra querida pátria, por la maldita y odiosa intolerancia religiosa, caminan todavía hácia el absolutismo, y persiguen, valiéndose de todos los medios, el aborrecido ideal de la unidad religiosa.

Sugiérenos estas tristes reflexiones haber sabido, que una familia de buena posicion, cuyo nombre nos reservamos, ha traspasado los límites de su derecho; y, llena de fanatismo por el inextinguible ódio que hácia nuestra doctrina siente, ha tratado de cohibir el derecho sagrado de otra familia, de negarla la *libertad* que tiene á creer, como en verdad crée en el Espiritismo, y para conseguir tan injusto y maléfico fin, se ha valido de reprobados medios que condena, la moral universal.

Los judíos que sufren á esta familia Herodes, son labradores que desde inmemorial vienen gozando de su confianza, por su formalidad y honradez; pero, disgustados los católicos ante la propaganda espiritista que ridiculiza el culto á las imágenes, condenado por Moisés en el Decálago, que eleva al hombre á la nocion de la Divinidad, que le liberta de la fatal rigidéz del dogma, meditaron en silencio y tramaron una ridícula comedia, propia para figurar entre cierta clase de sainetes.

Ellos, que detestan nuestro nombre, que abominan nuestra escuela; ellos, católicos, apostólicos, romanos, han comunicado con el ESPIRITU de la madre de un niño, que tienen á su lado, hijo de un arrendador ó casero, espiritista, y en él hacen decir al espíritu que aconsejen á todos los de la familia de su esposo—que son tambien por *desgracia* espiritistas—que no puede *gozar* de las venturas de la otra vida mientras no abandonen todos esa falsa escuela donde se aprende á comunicarse con los muertos!

Y el solícito propietario católico, apostólico y romano, faltando á los principios de caridad, que son la ley por que se rije el buen cristiano, decreta *ipso facto* y por un ukase imperial,—que participó á los desdichados neófitos de la heregía espiritista, en carta á su apoderado,—que *obedezcan al espíritu de la madre* y *cesen* de creer en tales absurdos, conminando con la pena de extrañamiento perpétuo de sus dominios, á todos los que no obedecieran la voz del espíritu, que, por *su conducto* les exhortaba á apostatar de sus creencias, aborrecidas por él y por lo que se atrevia á exigirlo y se determinaba á castigar la ofensa de no obedecerle. ¿Qué tal el definidor de la órden de la quimera?

Sin embargo de tan anómala situacion como la en que puso á la familia de labradores la excomunion mayor, que, cual llovida del cielo, les propinó el fanatismo y el orgullo, la ignorancia y la fé, hubo quien, creyente sincero de las redentoras ideas que sustentamos, mantuvo á tanta altura nuestro pabellon, cuando el apoderado le leyó aquella sentencia digna de ser suscrita por algun señor de horca y cuchillo y de pendon y caldera, que contestó valiente, rehusando continuar en el arriendo de las tierras de quien tan despóticamente queria disponer del libre albedrío de un sér tan respetable y digno, tan libre y autónomo como él.

Mentira parece que en el siglo XIX se atrevan ciertos personajes á ser inquisidores privados, que persigan de tal modo la conciencia y abusen así de su derecho. En buen hora que el tal católico, apostólico, romano, etc., etc., trate de apartarlos del error, en que él crée, ó dice que crée que están; pero atropellar de tal modo la santidad de la creencia, mistificar una comunicacion, prestarse á hacer estos papeles con el honesto fin de engañar á unos cuantos infelices que no quieren comulgar en su iglesia, es una conducta arbitraria, contraria al Evangelio, al espíritu cristiano, es propio de la edad media y de ser predicado quizá por Vicente Ferrer.

En esta época, todos los hombres somos iguales, aunque no le convenga al duro catequista; tenemos los mismos derechos, y nuestra soberana razon niega ó afirma cuan-

to le place, con omnímoda voluntad, sin que le importe un bledo, que haya un Quijote, que se atreva á resucitar la caballería andante.

Déjese esa familia de amenazar y perseguir de ese modo á los espiritistas, porque no ganará nada; su reputacion padecerá en ello, porque no estamos por fortuna en tiempos tan calamitosos que se necesite á Torquemada para la M. G. D.

Antonio del Espino.

Nuestro hermano en creencias D. Emiliano Martinez nos remite para su insercion lo siguiente:

Crevillente 24 de Agosto de 1877.

Srta. D.ª Amalia Domingo y Soler.

Mi hermana en creencias: Es la primera vez que me cabe el gratísimo placer de dirigir á V. algunas líneas, espresion sin duda de pobres concepciones, pero dictadas con la sinceridad del que solo cifra su anhelo en ver realizado en la humanidad el ideal de nuestra filosofía, pura luz emanada de la verdad misma. Este, mi atrevimiento de hoy, fué en otra ocasion un deber mio, al que falté no demostrándole mi gratitud al consignar V. algunas frases halagüeñas á mí persona, sin merecimiento alguno, con motivo de la lectura en Madrid de mi humilde poesía á la memoria de mi inolvidable Piedad. Si circunstancias agenas á mi carácter y propósito no me permitieron entonces cumplir con aquel deber, aprovecho esta ocasion para espresarle mi profundo reconocimiento que por tal concepto y desde aquella fecha quedó grabado en mi corazon por el gran consuelo que mi abatido espíritu sintiera.

Cumplida esta obligacion, paso á decir á V. que siento asimismo que mi primera carta no sea para espresarle el gran concepto que de su angelical persona tengo formado como mujer de inquebrantable fé, como propagandista activo é incansable, como apóstol elegido de la verdadera doctrina del Nazareno. No entra en mi ánimo manifestarle el efecto conmovedor que me producen la multitud de escenas que tan admirablemente sabe V. describir, tocando todas las fibras de nuestros corazones. No voy á decirle cuanto le admiro en la fluidéz de sus versos, en su fácil y correcta prosa, en sus sencillos y á la vez elevados pensamientos. No voy á consignar el respeto que me inspira su firma estampada en el periódico en todos sus escritos que siempre con avidéz busco y leo. Todo esto para mí constituye un sagrado depósito que guarda con veneracion mi pecho sin atreverse á tocarlo por temor de profanar su santidad.

Mi objeto de hoy es advertir á V. que, por primera vez tambien, no estoy conforme con sus apreciaciones y dureza con que ha tratado V. á cierta clase de espiritistas en sus *Ecos* publicados en La Revelacion, correspondiente al mes actual.

En la citada y por mas de un concepto apreciable carta trata V. como sabe hacerlo su gran talento de las decepciones de los espiritistas ú *horas de sombra* en que nuestra mente se ofusca, y estracta V. al final algunas comunicaciones medianimicas; y que solo voy á hacerme cargo de las que á mi objeto responda. Uno de los espíritus se espresa así:

«Que fuéramos decididos al abrazar nuestra doctrina, porque á Dios y al mundo no podíamos servir al mismo tiempo; que no respetáramos y acatáramos el formalismo religioso que nuestra mente rechazaba, por el simple pretesto de qué dirá la sociedad, porque espiritistas de esa especie no eran kardeistas, ni romanistas, y se debe manifestar siempre lo que uno es, lo que siente, y lo que quiere.»

Y añade V.:

«Estamos en un todo conformes con la opinion del espíritu: los espiritistas que se casan por la iglesia, y bautizan á sus hijos me dan lástima, porque acatan unos sacramentos que rechazan, y se esponen á que les digan lo que les dijo el Sr. Palomares, pastor protestante, etc.» Y más adelante increpa V. á los mismos, y les llama raza hipócrita, espiritistas vergonzantes, faltos de lealtad y de fé y otros epítetos que yo me haré cargo en el curso de este escrito.

Este es el punto, querida Amalia, en que ambos disentimos, y me atrevo á proponer á V. una discusion sobre el mismo; discusion que no podrá menos de sér útil á todos, puesto que, tomando quizá parte en ella otros de mejores dotes que yo, triunfará como no puede menos la verdad y quedará sentada la norma de conducta de nuestros hermanos segun las circunstancias que les rodeen.

Reservándome, pues, otra clase de argumen-

tos por si V. acepta la polémica que la brindo, que ha de ser siempre sin la pretension del triunfo sino por el esclarecimiento de la verdad, propia de hermanos, digna y levantada, voy á permitirme, sin embargo, refutar aunque someramente, las aseveraciones que mas arriba llevo señaladas.

Antes debo hacer constar que no soy espiritista vergonzante; proclamo muy alto la escelencia de nuestra doctrina, y siempre he procurado sostener mi profesion de fé, rebatiendo con la entereza de la conviccion todo argumento contrario á nuestra filosofía, y desde luego á la razon. Que no soy tampoco de los que guardan ese *formalismo religioso que nuestra mente rechaza.* Que no puedo ser sospechoso de lo que afirmo, puesto que en mis escritos va mi nombre al pié, y lo corroboran mis actos públicos.

Pero esta conducta no me autoriza á recriminar la de aquellos que piensan de distinta manera, ó que las circunstancias les obligan á guardar ciertas formas contrarias desde luego á sus creencias; sino que por el contrario me creo en el deber de salir á su defensa cuando tengo la persuasion de que no son merecedores á que se les trate con la acritud que una hermana mia lo ha hecho, y voy á darle á esta mis razones.

No son dignos de lástima los que, aceptando nuestra doctrina, se casan, sin embargo, por la iglesia y bautizan á sus hijos, por mas que no desconozcan el valor de estas ceremonias, que solo pueden ser sagradas por el recto propósito y buena fé de aquellos que las aceptan. Estos espiritistas están perfectamente dentro de nuestro credo, y son en esto tan kardeistas como usted, Amalia, puesto que obedecen á las instrucciones de los elevados espíritus que han inspirado nuestra filosofía ó *Libro de los Espíritus*, que por más que es susceptible de mejoramiento, toda innovacion que se separe de las sólidas bases que establece, ha de edificar en mi concepto con mucha prudencia y tino para no esponerse á la consiguiente falta de estabilidad de sus muros.

En apoyo de esto, pudiera citar las opiniones de muchos respetables espiritistas y hermanos de ultra-tumba, contestes todos en que no se debe romper abiertamente con las creencias religiosas de un pueblo, si este no se halla debidamente preparado para ello; pero no quiero ser prolijo y me limito á copiar algunos conceptos de las comunicaciones que V. nos cita y que redarguyen sobradamente sus frases objeto de mi discusion:

«Que la humanidad (dice el espíritu) es muy impaciente, porque quiere curar una enfermedad crónica en breves dias, y eso era pedir un imposible . . . .

. . . . . . los que hemos conocido el espiritismo, y somos, (por egoismo) un poco mejores que antes, ya nos parece que el mundo es nuestro, y queremos trastornar el órden de lo existente, lo cual es querer un absurdo.

«Que necesitamos tener más calma, porque las enfermedades crónicas son muy difíciles de curar en un momento.»

Esto responde perfectamente al caso que nos ocupa. Lo que yo no puedo concebir es como cae V. en la palmaria contradiccion al asentir, como lo hace en la siguiente consideracion.

«Y en esto tiene muchísima razon el espíritu; porque si vemos que una lesion orgánica que ha tomado en nosotros carta de naturaleza, cuesta tanto de curar... ¡cuánto más costaría las dolencias espirituales que cuestan siglos y siglos de existencia!

Por último, y en obsequio á la brevedad, citaré solamente la siguiente interrogacion del inestimable libro de Allan-Kardec, y la respuesta de uno de los espíritus que han coadyuvado á su formacion:

«¿Es, pues, censurable uno porque practique una religion en la cual no cree en el fondo de su alma, cuando se hace por humano respeto y por no escandalizar á los que piensan de distinto modo?—En este como en otros muchos casos, la regla es la intencion. El que no tiene otra mira que respetar las creencias agenas, no hace mal, y procede mejor que el que los ridiculizáre, por que esto no seria caritativo.....»

Ya ve V., hermana mia, que los que no opinan tan *radicalmente* como V., cumplen tambien con nuestro credo, y son asimismo kardeistas.

No son tampoco hipócritas, ni espiritistas vergonzantes, los que hacen sincero alarde de serlo, y se casan por la iglesia, estando bien con Dios y con el mundo. Con el primero, *verdad pura*, porque este solo lee la intencion, «siéndole indiferente la forma con que se le adore,» con el mundo, porque respetan las creencias agenas no escandalizando á una sociedad que no se halla debidamente preparada.

No hay deslealtad, si se obra de buena fé. No hay falta de fé, donde existe la conviccion. Al que le falta la conviccion, no le llameis espiri-

tistas. Si es espiritista, dejadle obrar, pues todos sus actos responderán á la caridad.

Ya veo que se adelanta V. pretendiendo desarmar la opinion contraria no admitiendo lo que para V. es subterfugio el no *queremos dar escándalo*; que el escándalo no existe en decir un hombre la verdad, siendo para V. motivo de ello tan solo el ir á un templo, no respetar las creencias é insultar á los sacerdotes.

No, Amalia, no basta el que nos diga que no admite tal *subterfugio*, pues necesita probarnos que lo es, y no lo consigue V. con tan reducido círculo de escándalo.

La lógica de los hechos así nos lo demuestra con los siguientes ejemplos, al deducirse las indispensables consecuencias.

Sabemos la falta cometida por una mujer que por honrada pasa en la sociedad. El hecho es cierto, ¿por qué no lo publican? ¿por qué disfrazar la verdad caso de preguntarnos sobre él? Porque es un escándalo; porque ante todo está la caridad.

Un espiritista se encuentra sentado en reunion con sus amigos en la puerta del Casino de esta villa: una campanilla les anuncia que el viático pasa por la calle; todos se descubren é hincan la rodilla; él hace lo mismo. No es por cierto la verdad para él, responder á aquella clase de veneracion, ¿por qué se arrodilla? Porque no quiere herir el sentimiento religioso de sus amigos y de todos los que le observan, sería un escándalo; sería una falta de caridad.

Vemos al jóven y soltero espiritista, llegado el momento en que piensa ejercer uno de los primeros actos de progreso en la marcha de la humanidad, es decir, en contraer matrimonio: ó le arrastra á ello ese misterioso iman que le atrae hácia otra jóven con que le une ya un lazo irresistible de amor ó simpatía.

En el primer caso, no vé á su alrededor ninguna del sexo bello qne abrace su doctrina, ó á lo más solo puede brindarle la ocasion alguna mujer de avanzada edad, que por más que sea respetable, no puede llenar de ningun modo el vacio de aquel jóven corazon. ¿Debe hacer el sacrificio de su bienestar aceptando la mujer que acaso su natural le repugna? ¿Debe preferir el celibato? ¿Pueden ser meritorios estos sacrificios ante Dios? No; porque falta asimismo y á aquella mujer á quien engaña. Falta á la caridad.

En el segundo caso, declara su opinion y su amor al sér querido; ella le corresponde; ambos cifran su verdadera felicidad en aquel lazo indisoluble de mútuo afecto que ha de unirles en el más sagrado vínculo. Para él, el lazo queda formado por el cariño: para ella, por el cariño y la iglesia. No se le hable de espiritismo que no conoce; no se le haga renunciar á un sacramento que su conciencia le indica, que su familia le obliga, que la sociedad le impone; no se le indique otra forma que no sea la de la iglesia, pues la sola proposicion le ruboriza, su dignidad se ofende y cree rebajar la dulce y santa maridable union á ilícito consorcio ó concubinato. ¿Debe renunciar este jóven á aquella criatura modelo de virtud y de honradéz por el nímio escrúpulo de no llenar una fórmula que en nada puede hacer entibiar sus creencias? ¿Debe sacrificar lo que es para él su porvenir, su dicha, su esperanza toda? Nos parece esto tan falto de razon, que no encuentro idea buena que pueda aconsejarlo.

Yo que sigo la filosofía kardeista en lo que cabe á lo imperfecto de mi espiritu, que no tengo inconveniente en publicar y sostener mis creencias, que tengo la íntima conviccion de que lo esencial es el fin y de que la forma es nada, le declaro, hermana mia, que tambien hago que bauticen á mis hijos.

¿Sabe V. por qué bautizo á mis hijos? Porque no quiero hacerles la escepcion única de la regla. Nadie, absolutamente nadie donde yo habito. deja de llenar este requisito en sus hijos. Si yo no lo hiciera en alguno de los mios, tenga V. la seguridad de que sería mirado como ente despreciable (aunque esto vale poco para mi) y rehuirian todos hasta el más insignificante trato conmigo. ¿Y cree V., querida Amalia, que es este el mejor medio para poder hacerme oir entre mis amigos é inculcarles los sanos principios de nuestra filosofía? Sí empiezo por escandalizarlos, ¿qué acceso pueden tener ya mis palabras para aquellos?

Bautizo tambien á mis hijos porque no me creo ni en el derecho ni en el deber de distinguirles de los demás niños con quienes han de tener relaciones propias de la corta edad, que les señalarian en tal caso con el dedo, y no fueran más que la irrision y befa de la ignorancia, y sin que mis hijos pudieran darse esplicacion de lo que les pasaba.

Les bautizo, porque, evitando lo anteriormente espuesto, no les impongo religion alguna, pues libres quedan, cuando su razon se lo dicte, para aceptar lo que aquella les aconseje, máxime cuando yo he de procurar, á medida que su

edad lo permita, hacerles conocer lo que para mí es la luz, la verdad y el bien.

Desengañémonos, Amalia: en el interin nuestra doctrina no se abra plaza apoderándose de una buena parte de la conciencia de la sociedad; sino conseguimos antes desfanatizar al pueblo, ilustrarle y por consiguiente hacerle tolerante; hasta que al espirítista, al protestante, al libre pensador, etc., no se le oponga otro obstácnlo que la razon; mientras qúe nuestra propaganda, el tiempo, las circunstancias, el progreso, en fin, no imprima una nueva fase al pensamiento general, no pidamos á nuestros adeptos la extricta observancia de lo que la filosofía les señala como lo mejor, porque cada cual ha de responder tambien á las necesidades que le impone esa misma sociedad en que vive.

Cúlpeme V. á mi, y como á mi á otros muchos espiritistas, porque no empleamos toda nuestra voluntad en difundir la grandiosa doctrina que conocemos, pero no culpe V. á los que no pueden aun imitar á la consecuente Amalia y al admirable Palet.

Si ayer fué dia de iniciacion espiritista, hoy lo es ya de propaganda, mañana será de verdadera práctica: no exijamos más de lo que á cada época le corresponde.

Creo, hermana mia, haber procurado dar á V. mis razones del por qué no me hallo dispuesto á admitir el dictado de deslealtad en que nos envuelven sus apreciaciones publicadas en sus *Ecos*. Quisiera que V. las tuviera más poderosas y se sirviera contestarme sacándome del error si en él me hallo, y poder añadir á la deuda que mi corazon la guarda, todo cuanto en su triunfo habia de salir yo ganando.

En el interin le admira y espera ocasion de poderle ser útil su afectísimo hermano y servidor

Emiliano Martinez.

DICTADOS DE ULTRA-TUMBA.

SOCIEDAD ALICANTINA
DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS.

Médium P.

El dogma de la trinidad, base primordial de las religiones positivas está hoy muy lejos de satisfacer las aspiraciones de la humanidad, que necesita fortalecer su fé en más sólidas creencias.

La India, como la Europa, tambien tiene este culminante misterio y sobre él se apoya toda la creencia de Dios como si fuese necesario é indispensable para el espíritu este impenetrable caos. Dios es uno y su obra es la creacion y el espíritu no necesita de otro razonamiento para comprenderle que admirar su obra en la callada noche cuando las estrellas matizan el inmenso azul de los cielos, el espíritu en amoroso éxtasis admira el portento que á sus ojos representa y adora á Dios sin necesidad de misterios que le ofusquen, ni de hipótesis que no sabe definir.

La tierra, como átomo que se agita en la inmensidad, molécula animada que gira á impulso de la fuerza estelar; la tierra, globo diminuto que se pierde en ese Occeano de la creacion, no necesita para creer en Dios, más que comprender la grandiosidad del espacio por donde gira el hombre ignorante, el espiritu obsecado por el fanatismo y la preocupacion, cree en su orgullo que solo á él absolutamente le es dada la vida y la inteligencia y que nadie fuera de su ámbito siente latir un sentimiento de amor y de gratitud al Todopoderoso. Craso error; el planeta que habitais ni es perfecto en su organismo, ni tiene por hoy la elevada mision de la categoría que constituyen los espíritus puros; es una morada de transicion y de paso, y desde él solo se pueden contemplar tristemente los radiantes soles que brillan á infinita distancía de otros centros, en donde se descubren con más esplendor nuevas y variadas maravillas. Nuestro mundo es un planeta en vías de perfeccion, y por eso encontrareis á cada paso la monstruosidad de las pasiones, por que el hombre aun no ha comprendido su ulterior destino, y por lo tanto, lleno su corazon de incertidumbre, se entrega con harta frecuencia al desenfreno de cuanto halagarle pueda en ansia de una felicidad que torpemente no acierta á realizar.

La vida de ese planeta es bien triste y lo será hasta que la ciencia haya rasgado el velo de la ignorancia y tranquilizado el lati-

do del corazon, suavizando sus pasiones y enseñándole á encontrar la felicidad apetecida por otras vias mas armoniosas, por otros sentimientos más puros, ideales que solo la inteligencia y el amor pueden soñar para poseer el desencanto de ese sueño de la vida, la paz y la tranquilidad. No niego que las religiones positivas han dado instruccion y creencia al hombre, pero el espíritu de hoy necesita otra instruccion y otra creencia. La contradiccion es el brevage del alma, el brevage del materialismo; si no armonizais la religion y la ciencia, el hombre siempre será ateo, pero si dais á la ciencia el carácter íntegro de Dios, si la desposeeis de ese materialismo repugnante, el hombre adorará en la ciencia á Dios, y admirará en la naturaleza la obra pródiga de bondad y la influencia bienhechora de su bienaventuranza para con las criaturas.

El Espiritismo une estos estremos tan opuestos en manos de las religiones positivas, y será una verdadera conquista el dia que toda la humanidad, despreciando la preocupacion y el fanatismo, halle en todo cuanto la rodea, una verdad eterna. Dios se halla en todas partes y por doquier derrama los dones de su gracia para perfeccionar al hombre con el fin de que este pueda reverenciarle, amarle y bendecirle.

Medium P.

La religion es el bálsamo para el desgraciado, el freno para el alma perversa y el dulce consuelo de paz para el espíritu recto y bienaventurado.

Sin la religion la sociedad se desbordaría como un impetuoso torrente y los fuertes se lanzarian como una hambrienta manada de lobos al esterminio de los débiles.

El progreso nada sería, y las artes, la industria, el comercio, todo desaparecería de la faz de la tierra, y como los nómadas de los primitivos tiempos, correría el hombre mil aventuras sin otro objeto que el de satisfacer sus voraces instintos. La creencia de ultratumba, de la supervivencia del alma, contiene al corazon en sus naturales impulsos; la idea de la divina justicia le tiene á raya en sus insaciables deseos y desordenados goces; la verdad que instintivamente siente en su conciencia le hace pensador, relativamente bueno y frecuentemente justo en el trato con sus semejantes. Todo esto, como os he dicho, lo debe al mágico influjo de una creencia, pero esta creencia está en razon directa del grado de cultura y de civilizacion que alcanza el hombre en los actuales tiempos y hace que se modifique, que se altere, que se renueve, para que la descomposicion no aumente en el campo de la inteligencia y de la fé. Si á Moisés no hubiese sucedido Cristo y la reforma, hallo imposible que hubiera podido concertarse la era del renacimiento, si no hubiese modificado la religion sus creencias, falseados los cimientos de ese edificio no hubiese podido sostener siquiera el peso de Galileo y su telescopio, porque por más que tuvo prevaricadores y fanáticos ignorantes, el tiempo le hizo justicia y hoy se le ha dado cierto giro á la cuestion, que no pueden oponer reformas á la doctrina distinta y contraria á la idea de la creacion en lo concerniente al descubrimiento posterior á la rotacion de la tierra. Cualquiera cree en la naturalidad de este movimiento, sin negar la verdad infalible del Vaticano, y esta transaccion es un paso trascendental, y hoy hay tambien muchos que creen en la pluralidad de mundos sin desmentir el dogma romano, y cosa estraña, tratan de asimilar la religion á esta idea que no está escritá, ni pasó por la imaginacion de los doctores, y esto dá lugar á nuevas modificaciones, y así se esplica que por la propagacion de las ideas se democratice, digámoslo así, el sentido religioso, y no tendria nada de particular que la iglesia misma acabara de admitir la comunicacion del espíritu con el hombre, ya que solo concede como artículo de terror en su dogma, la comunicacion del espíritu malo, Satanás ó Lucifer. Muchos católicos romanos niegan la existencia del infierno sin negar por esto la divinidad de Jesucristo, la virginidad de María, y esto es á causa de que el sentimiento de la filosofía y de la razon penetra en todos los cerebros y el sistema de analizar, deducir y comparar burlando la fé ciega, se infiltra en todos los espíritus, y todos por consiguiente deducen, analizan, comparan y juzgan, hallando por conclusion de que el infierno es un abuso de terror que la instruccion egoista pone á la ignorancia, y que emancipándose de esta idea, presienten que la dignidad estriba en la verdad y en el bien, y que toda otra preocupacion envilece y denigra lo más noble en el hombre, su inteligencia.

La religion se modifica porque no puede

menos que marchar unida al siglo y á la reforma, y la iglesia transigirá, bien es verdad que á fuerza de luchas y cediendo el terreno palmo á palmo, pero que transigirá al fin para no perder el prestigio que en representacion del espíritu de Jesús ejerce en el corazon de la sociedad europea. El romanismo y el protestantismo abren una nueva era apoderándose de la comunicacion y de la filosofía en su parte más esencial de Allan-Kardec, propagando la idea de pluralidad de mundos y de existencias, y transigirá con todo esto, vista la impetuosa corriente de la humanidad y del siglo, de lo contrario se espondria á perecer y ser arrastradas como las arenas movedizas por el simoun del progreso que nada contiene sepultando las caravanas del desierto, las caravanas de las ideas tradicionalistas en sus impetuosos movimientos.

VARIEDADES

¡INÉS!

Primera parte.

I.

En la puerta de una iglesia
Estaba una pobre niña,
Que poco más, poco ménos,
Diez y seis años tendría.
Era blanca cual la nieve,
Y en su faz descolorida
Brillaban sus negros ojos,
Cuya mirada sombría,
Revelaba una existencia
De angustias y de fatigas.
Su boca, nunca entreabierta
Estaba por la sonrisa,
Sinó por un gesto amargo
Mirábase contraida.
Sobre su pálida frente
Lácios cabellos caian,
De ese rubio amarillento
De las enfermas espigas,
Que sin el trigo formado
Hácia la tierra se inclinan.
Un trage negro y raido
Su débil cuerpo cubría,
Su cuerpo, que entumecido
Por paralisis nativa,
Nunca pudo dar un paso;
Solo en sus brazos tenia
Movimiento y sensacion:
Quizá por que en su desdicha
Pudiera corresponder
De su madre á las caricias.
Más ¡ay! su madre murió,
Y quedó la pobre niña
Sola en el mundo; su padre
A vueltas con la justicia,
Para pagar cierta cuenta.....
Le dió al *Estado su vida.*
Y su hija quedó en la tierra
Devorando su agonia.
Hija del ajusticiado
Los vecinos la decian,
Y por *Caridad*, se entiende:
Caridad especulativa:
A su lado la retuvo
Una harapienta familla,
Que cuando el fulgor del alba
Su ténue luz difundia,
Hacian levantar á Inés,
Sentábanla en una silla,
Dábanle un poco de pan,
Entre dos la conducian
Y á la puerta de una iglesia
Dejaban á la tullida,
Volviendo á ver sus ganancias
A hora del medio dia.
Si á Inés la daban poco,
Fuertemente la reñian,
Diciéndola que ni agua
Por inútil merecia
Y entre denuestos y golpes
Su miserable comida,
Terminaba la infeliz,
Y la otra mitad del dia
Pasaba del mismo modo.
Por la noche repetian
La escena de la mañana
Llevando á Inés en la silla
Hasta llegar al tugurio
Que de casa les servia.
Y en un cuarto pestilente
Lleno de paja podrida,
Echaban el débil cuerpo
De la pobre baldadita,
Donde el sueño del hastio
Pocas veces la rendia;
Sus grandes ojos abiertos
Estaban por la vigilia.
Pensaba en su buena madre
Veia á su padre en capilla
Y por sus lábios vagaba
Una terrible sonrisa
Y proyectos de venganza
En su cérebro bullian.
Y así vió pasar seis años
Siempre con su misma vida,
Sin murmurar una queja,
Sin prodigar sus caricias
A ningun ser; que en el mundo
¡Nadie, nadie la queria!

II.

Una mañana de estio
Junto á Inés pasó una niña,
Que tendria quince abriles
De faz dulce y expresiva.
Un trage color de nieve
De flotante muselina:
Dibujaba negligente
Su esbelto talle de ninfa;
Y de su gentil cabeza
Un largo velo pendia

De blanco tul, y en sus sienes
Las flores se entretegian
Con sus cabellos de oro
De una brillantez magnífica.
Muchas niñas más pequeñas
Pero igualmente vestidas,
Pasaron; porque sin duda
A cumplir se dirigian
Las alumnas de un colegio
Con la comunion bendita.
Ceremonia decantada
Que tanto desean las niñas;
(No por recibir á Dios,
Que esto no las alucina,)
Sino por estrenar galas,
Y que las llamen bonitas:
Que en la mujer la lisonja
Es la mitad de la vida.
La pobre Inés las miraba
Y un relámpago de envidia
Dejó en su pálida frente
Esas huellas indecisas
De imperceptibles arrugas
Que tanto el rostro marchitan.
Trás largo rato, volvieron
A salir todas las niñas,
Y como ya venian santas,
(Así al ménos lo creian,)
Dieron limosna á las pobres
Con desdeñosa sonrisa.
Inés no las pidió nada;
Y ya las niñas se iban,
Cuando la que entró primero
Se volvió, vió á la tullida,
Y dejó sobre su falda
Una blanca monedita
Mirando á la pordiosera
Con una pena tan íntima!
¡Con lástima tan profunda!
Que las enmohecidas fibras
De Inés, sintieron tan brusca
Tan violenta sacudida.....
Que el llanto afluyó á sus ojos;
Y enternecida la niña
Le dijo:—¿Estás siempre aquí?
En señal afirmativa
Inés movió la cabeza.
Que un nudo en su lengua habia.
—Pues ya te volveré á ver,
Porque ahora vendré aquí á misa,
Y dándola un golpecito
Con su mano en la megilla,
Se reunió á sus compañeras
Tristemente conmovida.
Inés se quedó suspensa:
Por vez primera en su vida
Desde que perdió á su madre
Habia oido voz amiga.
Por vez primera el dinero
Para ella valor tenia;
Y la moneda de plata
Que le habia dado la niña,
La puso contra su seno
Perfectamente escondida;
Para que nadie tocase
Aquella herencia bendita
De un alma sensible y buena,
Cariñosa y compasiva.
Al dia siguiente, sus ojos
Siempre con la vista fija,
Despues de esperar bastante
Distinguieron á la niña,
Y sus lábios se plegaron
Con su más dulce sonrisa;
Diciendo al verla—¡Que tarde!
Crei que ya no vendría:
La niña volvió á mirarla
Murmurando.—¡Pobrecita!
¿Como te llamas?—Inés.—
—Si! ...como yo.—¡Qué alegria!—
¿Tambien se llama V. Inés?
—Si mujer; mira que dicha
¡Si yo tuviera dinero!....
Todo arreglado estaria
Porque me das mucha lástima,
Y si llegara á ser rica
Ya verias..... mientras tanto,
No puedo más, hija mia;
Y dos monedas de cobre
Le dió á la pobre tullida
Diciéndola hasta mañana;
Te traeré una golosina.
Dejemos ahora gozar
A la pobre baldadita;
Pensando en su bienhechora
Y hablemos de aquesta niña.

III.

Inés Perez de Guzman
De muy noble procedencia,
Vivia en el mundo rodeada
De una decente miseria.
Sus padres, le habian dejado
Sus titulos de nobleza;
Y unos parientes ancianos
Ampararon su inocencia,
Y educaron á la niña
Con decoro en su pobreza.
Inés era compasiva,
Y tenia un alma tan buena,
Que era su mayor placer
El consolar la miseria.
Cuando á la pobre tullida
Vió á la puerta de la iglesia
Se interesó de tal modo,
Y tanto sintió por ella
Que hubiera querido ser
La más rica de la tierra.
Su anciana tia, la dejaba
Libre en sus nobles tendencias:
Y cuando todos los dias
Iban las dos á la iglesia,
Dejaba que Inés hablase
Con la niña pordiosera;
Que confió á su protectora
Los secretos de sus penas,
Se estableció entre las dos
Tan íntima inteligencia,
Que la pobre baldadita
Casi venturosa era.

Todos los dias, Inés,
Con inocente reserva,
Sus postres los destinaba
Para hacer una obra buena:
Porque se los daba á Inés;
Con espansion tan inmensa.....
Al ver que esta la miraba
Agradecida y contenta,
Que si la hubiera llevado
A la más hermosa fiesta
No hubiera gozado tanto
Aquel alma noble y buena.

IV.

Llegó ya el santo de Inés.
Y la pobre baldadita,
Queriéndole demostrar
Cuanto á su amiga queria:
A una de sus compañeras
De angustias y de fatigas,
La dió su único tesoro,
La dió aquella monedita,
Que Inés echara en su falda
Cuando la vió el primer dia.
Diciéndole.—Compra un ramo
De flores, que sean bonitas
Y vas á casa de Inés
Y dile de parte mia
Que quien la manda esas flores
La quiere más que á su vida.
Cumplió religiosamente
Con su encargo la mendiga,
Y cuando Inés fué á la iglesia
Estaba tan conmovida
Que Inés la dió silenciosa
Los dulces que la traia
Mirándola tiernamente.
¡Cuánto sus ojos decian!.....

V.

Al dia siguiente fué
Como de costumbre á misa
Vió con profunda sorpresa
Que la pobre baldadita
No estaba allí.—Cosa rara.
Esclamó Inés conmovida.
—¡Ay! no señora; no es raro
La contestó una mendiga
¡Es que pasan unas cosas!.....
—¿Qué sucede?... diga... diga...
¿Dónde está Inés?—Estará...
Sabe Dios si en la otra vida
Porque ayer...¡válgame el cielo!
Le dieron una paliza,
Esa gente que la tienen
A la infeliz, recogida....
—¡La pegaron! ¿y por qué?
—Porque la pobre tenia
Una peseta guardada
Que le dió V., señorita.
Ayer.... se la gastó en flores,
Y como todo en la vida
Se ha de saber, no se quien
Fué á llevarle la noticia
A aquella bruja..... ¡que vino!
¡Hecha una furia,! ¡una arpía!
Y me la puso de golpes.
Que intervino la justicia
Y al hospital se llevaron
A la infeliz Inesilla.
Qué, si se ven unas cosas.....
Si no hay más que picardias!
¡Pobrecita! ¡No era dueña.....
Ni del agua que bebia!
Inés lloraba en silencio,
Y al verla su tia afligida
La dijo... No, no te apures;
Si aun la pobre tiene vida
Yo te juro por mi nombre
Que acabaron sus desdichas.
Vámonos al hospital
Y marcháronse en seguida,
Llegaron al santo asilo
Y con profunda alegria
Estrecharon en sus brazos
A la pobre baldadita,
Que al ver á Inés, esclamó
Ya puedo morir tranquila.
¡Hay escenas en el mundo
Que se sienten, no se pintan!
Cómo pintar los trasportes
De esta suprema entrevista
En que dos almas de fuego
Dando á raudales la vida,
Sus hermosos sentimientos
En uno solo fundian?
¡El pincel seria inexacto!
¡Y la palabra es tan fria!
¡Inés parecia un cádaver.
Y sobre su frente livida
Habia trazado una fiera
Manchas negras y rojizas.
¡Estaba desencajada!
La fiebre la consumia;
Y los médicos dijeron
Que terminaba su vida.
Que su organismo rendido
De tanta y tanta fatiga,
No podia resistir
Aquella lucha continua
Pero que harian lo posible
Por salvarla si podian.
Y todos rivalizaron
Por aliviar á la niña
Esta, aunque con mucha fiebre
La cabeza la tenia
En buen estado, y á Inés
Preguntaba.—¿son bonitas?
¿Las flores? no las he visto
—¿El verlas te alegraria?
—Si las pudieran traer.....
—Si; las traerán en seguida
Y poco despues, el ramo
De historia tan peregrina
Le fué presentado á Inés.
Que lloraba conmovida.
Diciendo ¡qué hermoso es!
Mi querida monedita
Ha sido bien empleada;
¡Guárdalo en memoria mia!
Y alzando al cielo los ojos

Teniendo de Inés cogidas
Las manos, sin fatigarse:
Cuando la sombra indecisa
Una parte de la tierra
Con negro manto cubria;
Fué su espíritu dejando
La envoltura de la niña.
A las doce de la noche
Inés se quedó dormida;
Y la que vivió muriendo
Se murió sin agonia,
En una caja de sándalo
El cadáver de la niña
Fué guardado, revestido
Con la túnica sencilla
Con que Inés fué á comulgar
Por vez primera en su vida
Que fué cuando conoció
A la pobre baldadita.
La iglesia elevó sus preces,
Lloró la gente sencilla,
Y acompañaron su entierro
La caterva de mendigas
Que á la puerta de la iglesia
Con la pobre jovencita
Habian visto sus tormentos
Tomando parte en su vida.
Inés pasó mucho tiempo
Sin que la melancolia
Abandonara su mente;
Tristemente reflexiva:
A veces miraba el ramo
Y amargamente decia;
¡Quién dirá al ver estas flores
Tan mustias y tan marchitas:
Que su hermosura costó
A un ser infeliz la vida!
¡Pobre Inés! ¡pobre alma buena!
¿Donde estás? ¿duermes tranquila?
Y cuando esto preguntaba
Se quedaba Inés dormida,
Y soñaba con Inés,
Y al despertarse decia.
¡Señor! ¡lo que son los sueños!...
¡He visto á Inés! ¡pobrecita!
Pero no como en la tierra
No está sentada en la silla
¡Ay! Tia! si me dá miedo:
Me parece que está viva;
Aun con los ojos abiertos...
¡Creo verla!..¡Virgen Maria!
¿Si nos pedirá oraciones?
Y aquellas almas sencillas,
Se postraban, y rezaban
Por la pobre baldadita.

Segunda parte.

I.

Siete años han trascurrido;
De los conocidos nuestros
Muchos dejaron la tierra
Ya supieron lo que hicieron;
Inés Perez de Guzman
Por su mal perdió á sus deudos,
Que la dejaron blasones
Y bastantes muebles viejos.
La niña es ya una mujer
De porte dulce y modesto:
Trabaja para vivir,
Y vá cual muchos viviendo,
Soñando con ser dichosa
Sin poder llegar á serlo;
Pero al fin, compadecido
De sus desgracias el cielo:
Interpuso en su camino
A un arrogante mancebo,
Con una buena fortuna
Y con muy buenos deseos
Puesto que á Inés la ofreció
Darla su nombre al momento
Y un amor... ¡inestinguible!...
¡Ahi es nada en estos tiempos!
Inés aceptó gozosa
Sus amantes sentimientos;
Se arreglaron los papeles
Y todo estaba dispuesto:
Cuando una mañana hablando
Que harian de los trastos viejos
Le dijo él:—Lo mejor
Será llamar á un prendero
Que yo no quiero en mi casa
Antigüallas y adefesios.
—¡Ah! no; pues yo, dijo Inés,
De todos no me desprendo;
Porque estos muebles algunos...
Los usaron mis abuelos.
Todos tenemos manias,
La mia son los recuerdos
—Te entiendo: le dijo él
En tono alegre y chancero;
Con achaque de los muebles
De tus amores primeros
Querrás conservar sin duda
Las monadas y embelecos
Que tendrás muy guardaditos.
Quizá en sus triples secretos.
—¿Sabes que eres mal pensado?
Le dijo Inés sonriendo
No es por eso, te lo juro;
En mi no hallarás misterios
Tú eres mi primer amor,
De nadie tengo recuerdos.
—¡Si!..... pues veamos, veamos,
—Mira, el armario está abierto,
La cómoda, el neseser.
Principia á mirar, Ernesto,
—¡Oh! sí; sí, que miraré,
Y tranquilo y satisfecho
Lo fué revolviendo todo
Como un chiquillo travieso.
Ya se acababa el exámen
Cuando un cofrecito abriendo
Vió un ramo de flores secas.
—Ten mucho cuidado, Ernesto,
Dijo Inés, porque al tocarlas
Se las vá á llevar el viento.
—¿Y es lástima, no es verdad?...
(Esclamó frunciendo el ceño.)
Eras tú la que decias.....
¿No tengo ningun recuerdo?.....

—De hombre ninguno.
—Mentira.
¿Y las flores que estoy viendo?
—Esas flores, son de un ángel
Que hace tiempo se fué al cielo.
Son de una niña mendiga
—Inés, no creo en los cuentos,
Pero por ser tú quien eres,
El relato del suceso
Escucharé, vamos, habla
No me gusta perder tiempo
Inés refirió la historia
Y su conmovido acento
Daba celos á su amante
Que de todo tenia celos.
—Será verdad cuanto dices
Dijo él con tono sério
Pero, para estar tranquilo
Que tires las flores quiero.
—¿Tirar las flores? ¡jamás!
Fuera hacer un sacrilegio
Y para mí es muy sagrado
El recuerdo de los muertos
—Tú has de vivir con los vivos.
Dame ese gusto.
—No, Ernesto;
Yo no mancho con un crimen
El altar del himeneo.
Cómo quieres que yo olvide
Aquel inocente afecto?
Este ramo representa
Un sacrificio supremo.
Un ser que nada tenia
Esclavizado y hambriento,
Supo guardar su tesoro...
Para ofrecerme un recuerdo
Ofrenda que le costó
A la infeliz el tormento,
Creyéndose venturosa
Porque se murió en mi seno,
Ah! no, para mí es sagrado
De una mártir el recuerdo.
—Pues si para ti lo és.....
Yo esas flores no las quiero;
O las tiras...... ó si no.....
—No prosigais más, Enesto
Quédate con tu fortuna,
Y tu carácter violento:
Que á mi me quedará Dios
Y el recuerdo de los muertos.
Y volviéndole la espalda
Se dirigió á otro aposento,
Llevándose el cofrecito
Temerosa de que Ernesto,
En su celoso arrebato
Pedazos lo hubiera hecho.
El, que ya se conocia,
De sí mismo tuvo miedo;
Y se lanzó á la escalera
Y se fué á la calle huyendo,
Renegando de su suerte
Cuanto puede un hombre hacerlo.
Se fué volando á su casa,
Y cerrando con estruendo
De su aposento la puerta
Se echó á llorar sin consuelo,
Al mirar desvanecida
La ventura de su sueño.
¡El queria á Inés; la queria!
¡Estaba por ella ciego!...
Y tenia celos... ¡de todo!
¡Y es tan malo tener celos!
—¡Volveré á verla! decia;
¡vivir sin ella, no puedo!...
¿Pero..y si el ramo es de un hombre?
¡Fementida! no; no vuelvo.
Que vaya á engañar á otro
¿Y si es cierto tal suceso?
Mi alma la diera al diablo
Solamente por saberlo.
—Lo sabrás sin que á Satan
Le des el alma ni el cuerpo.
—¡Vive Dios! ¿qué es lo que pasa?
¿Quién responde á mi deseo?
Yo nunca creí en los duendes
Pero he escuchado un acento
Y por Dios, que si es de un vivo
A de quedar aquí muerto.
Y registró atolondrado
Su estenso departamento,
Diciendo con estrañeza
Pues señor, duendes tenemos.
Más aquel que á nada teme
No le arredrarán los muertos
Que vengan pues los que quieran
Que tranquilo los espero.
—Mientes, que no estás tranquilo.
—Que no estoy! le dijo Ernesto
(Temblando como las hojas
Que secas arrastra el viento.)
—Yo no he hecho mal á nadie
—Es verdad; tu eres muy bueno
—Segun eso me conoces?...
(Replicó él con más aliento).
—Y tanto que te conozco.
Por eso tanto te quiero,
Y voy hacer por tu bien
Mucho más de lo que debo.
Pero me has de prometer
Estar tranquilo y sereno.
Que las almas de otro mundo
Cuando bajan á ese suelo
Tienen que ser recibidas
Con santo recogimiento,
Para cumplir su mision,
Que es difundir el consuelo.
No temas, nada te ofusque
—Estar tranquilo prometo
Contestó el jóven; en tanto
Que murmuraba muy quedo
La oracion que cuando niño
Le hacian rezar por los muertos
Una luz vaga y perdida
Vió que rodeaba su lecho,
Y una nubecita blanca
Se fué condensando en medio:
Y se formó una figura
Ante la cual sintió miedo.
Más de pronto lanzó un grito
Diciendo—¿Que es lo que veo?...

¡Es la pobre baldadita!...
¡Perdoname Dios eterno!
Y llorando como un niño
Se adelantó hasta su lecho.
Y vió á Inés que agonizaba
Que sus manos estendiendo
En ademan suplicante
Le dijo con dulce acento.
—«Deja que un ángel conserve
El recuerdo de los muertos;
Dios permite que me veas
Para que no tengas celos.
¡Mirame bien! ¡Soy Inés!
Que por tu ventura velo
—¿Pero estás muerta?
—Sí, muerta;
Dejé ese mundo hace tiempo;
Pero cuando hay en la tierra
Quien ame nuestro recuerdo;
Para dar paz á los vivos,
Dejan su tumba los muertos.
Y lentamente se fué
La vision desvaneciendo,
Y Ernesto cayó de hinojos;
Que para él, era su lecho
Un altar donde habia visto
El amor del Sér Supremo,
Y rápido cual la flecha,
Y más veloz que el deseo,
Fué á ver á Inés exclamando
En cuanto la vió:—Te creo!...
Yo la he visto! yo la he visto!
—Está loco... Dios eterno!
Esclamó Inés sollozando.
—No estoy loco ángel del cielo;
Loco estaba al no creerte!
Perdóname, tenia celos!
Y con voz entrecortada
Refirió á Inés el suceso,
Que esta lo escuchó temblando
Esclamando: Ahora recuerdo
Que muchas veces la he visto
Y me daba tanto miedo...
Que yo rezaba, rezaba,
Más, benditos sean los muertos
Que á ellos deberé en la tierra
La ventura de los cielos.

II.

Ocho dias despues, Inés,
Acompañada de Ernesto,
En la iglesia donde habia
Conocido en otro tiempo
A la pobre baldadita,
Y en la cual ella habia hecho
Su primera comunion,
Se unió con lazos eternos
Al hombre que la adoraba
Y que ella amaba en estremo.
Terminó la ceremonia
Y antes de salir del templo
Rezaron ambos esposos
Dándole gracias al cielo,
Y los dos vieron á Inés
Que los miraba sonriendo,
Reflejándose en su rostro
Tan amante sentimiento!
Ternura tan espresiva!
Y cariño tan inmenso!...
Que Inés dijo á su marido
Ahora ya no me dá miedo!
—Ni á mi tampoco, te juro
Que quiero mucho á los muertos;
Por que he debido á una muerta
Unirme á tí, ángel del cielo.

III.

Han pasado algunos años
Inés, siempre reflexiva,
Ha querido averiguar
El por qué la baldadita
Tuvo poder suficiente
Para darle en esta vida
Toda la felicidad
A que la mujer aspira:
Que es unirse á un alma buena
Que la quiera y la bendiga,
Ernesto aun más afanoso
Muchas veces se decia:
Aqui hay algo, estoy seguro
Y la causa que motiva
Este efecto, saber quiero:
Y preguntaba, inquiria
Y al fin encontró á un amigo
Muy dado á historias antiguas
Que al escuchar su relato
Le dijo con alegria,
—Hombre, hallé lo que buscaba
La verdad pura y sencilla
Hace muchos años, muchos,
Que en mis largas correrias
Me hablaron de espiritismo,
Y que las almas venian,
A contarles á los suyos
Asombrosas maravillas:
Yo me dije, podrá ser,
Y desde entonces, la pista
Le seguí al Espiritismo,
Pero jamás, en mi vida
Me he convencido bastante,
Mas hoy, te digo á fé mia,
Que la aparicion de Inés
En la verdad me confirma.
Y juntos estudiaremos,
Y el gran punto de partida
Tal vez hallemos, y entonces
Sabremos lo que es justicia.

IV.

Así fué, perseverantes
Sus estudios prosiguieron,
Y alcanzaron lo que alcanzan
Los que estudian con acierto:
Conviccion clara y profunda,
Que no hay causa sin efecto;
Y que la supervivencia
Es el alma de los muertos.
Serias comunicaciones
Ambos amigos tuvieron,
Y cuando Inés poco á poco
Fué sus temores perdiendo,
A su inolvidable Inés,
Aquella cuyo recuerdo

No borraba de su mente
Ni sus amores, ni el tiempo,
La evocó, vino el espíritu
De la que vivió muriendo,
Y les dijo estas palabras
Con melancólico acento.

V.

«Es la caridad en la tierra
La flor de la siempreviva
Que no se marchita nunca,
Que dura más que la vida.
Una limosna me diste,
Una blanca monedita
Que yo, convirtiendo en flores,
Te ofreci con alegria,
Como recuerdo amoroso
De la pobre baldadita;
Si vieras cuanto gocé!...
Yo que nada poseia...
Pude decir un instante
Es mi voluntad cumplida!
Pudiéndote demostrar
Lo mucho que te queria.
Pude morir en tus brazos,
Logré alcanzar esa dicha
A costa de una existencia
Que fué una lenta agonía,
Siempre he seguido á tu lado,
Siempre te serví de egida,
Por eso cuando tu esposo
Por su ceguedad sufria,
Pedí materializarme
Y presentarme á su vista
Y Dios accedió á mis ruegos
Por que tú el bien merecias.
Si Dios lo permite, Inés,
Me servirás de cronista
Y escribirás las memorias
De la pobre baldadita.
De un espíritu rebelde
Que duras alternativas
Ha sufrido por su causa;
Si, Inés, la pobre tullida
A quien tu dabas tus postres
Con ternura tan solícita,
Más de una vez en la tierra
Se sentó en dorada silla
Más de una vez desde un trono
Lanzó su mirada altiva.
Y estos espíritus fieros
Sabes lo que necesitan?
Ternura! mucha ternura!...
Cuando al mendigo le tiran
El pan, siempre se rebela
En cambio, si una sonrisa
Le dirigen con cariño
Cual me dirigiste un dia
Su corazon se dilata,
Su fiereza se suaviza
Por que el desprecio sin tregua:
Tu no sabes lo que asfixia!
Por eso la humanidad
Tiene obligacion precisa
De ser con el pobre humilde,
Cariñosa y compasiva.
Siquiera, porque no sabe
Si alguno de su familia,
Viene á pedir á su puerta
Por Dios, una limosnita.
Adios, Inés, alma buena,
Elevada y progresiva,
No sabes el bien que hicistes
A la pobre baldadita.
Y como yo te bendigo,
Que Dios tambien te bendiga!»

VI.

Bien haya el Espiritismo!
Se acabaron los misterios,
Las dudas y los temores
El problema está resuelto.
Nuestros hijos, nuestros padres,
Nuestros hermanos y deudos
Todos viven, todos aman!...
Y nos guardan un recuerdo
Cantemos himnos de gloria!
Demos gracias al Eterno
Y digamos á los hombres
Que despierten de su sueño,
Que estudien y que adelanten
En la senda del progreso,
Y asi se convencerán
Que resucitan los muertos:
Y vivirán mas tranquilos,
Se encontrarán más contentos,
Se siente un placer tan grande,
Tan profundo, tan inmenso!
Cuando escuchamos las voces
De los que en el mundo fueron!
Vernos los depositarios
De sus íntimos secretos,
Compartir sus alegrias,
Aliviar sus sufrimientos,
Seguir amando y la tierra,
Confundirla con el cielo!
Oh! cuán hermosa es la vida!
Es causa de eterno efecto,
Y ese efecto es el *amor*,
Y ese amor es el progreso!
Es la íntima relacion
De los vivos con los muertos!

Amalia Domingo y Soler.

ALICANTE:
Imprenta de Costa y Mira.